

LAS MONICIONES LITURGICAS (III)

PERE FARNÉS

Si es verdad, como explicábamos en nuestro artículo del pasado mes de septiembre (1), que las moniciones litúrgicas estuvieron ya en uso en las antiguas liturgias, no es menos cierto que en la antigüedad estas moniciones se polarizaron sobre todo en torno a las oraciones. Con referencia a moniciones para las lecturas bíblicas, en cambio, nada o casi nada encontramos en la antigüedad (2). Ambientar la proclamación de la Palabra con una monición previa es, pues, una verdadera novedad de nuestro tiempo. El origen de este nuevo género de monición hay que buscarlo en los primeros tiempos del Movimiento litúrgico (bastante antes, por tanto, de la moderna reforma litúrgica); el motivo que dio nacimiento a estos nuevos formularios fue el deseo de encontrar un paliativo ante las lecturas proclamadas en una lengua incomprensible para la asamblea. Al “crear”, por tanto, estas nuevas moniciones se perseguía el mismo fin que indujo ya a restaurar las antiguas moniciones para las plegarias: con unas y otras se intentó ayudar al pueblo a una participación más inteligente en la liturgia. Pero, a pesar de que la finalidad fue común, la raíz histórica de ambos tipos de formularios era distinto: las moniciones para antes de las plegarias eran una restauración; las moniciones previas a las lecturas eran, en cambio, una verdadera creación nueva.

Subrayar este origen diverso puede parecer una simple nota de eru-

(1) *Oración de las Horas*, septiembre 1985, pp. 243-246.

(2) Alguna referencia a las lecturas la encontramos a veces en la monición inicial de la misa visigótica, pero ésta dista mucho de lo que hoy se entiende por monición a la lectura.

dición histórica; pero en realidad tiene —o por lo menos debería tener— su importancia práctica en vistas a proyectar mejor las moniciones para nuestra liturgia. Porque si en el ámbito de las moniciones para las plegarias cabe el recurso a los antiguos usos, en el ámbito de las moniciones a las lecturas, por el contrario, no cabe ni el recurso a la historia litúrgica (en la antigüedad no existieron tales moniciones para las lecturas), ni el recurso a los primeros tiempos del Movimiento litúrgico (las moniciones de aquellos años se proyectaron como ayuda de emergencia ante unas lecturas proclamadas en latín).

Para encontrar, pues, la línea de lo que deben ser las moniciones para las lecturas es necesario empezar advirtiendo que para estas moniciones a las lecturas no hay modelos previos y que, por tanto, se impone profundizar en la finalidad propia de este género a fin de poder “crear” textos apropiados. Y esto, a nuestro juicio, se ha venido olvidando hasta el presente y se continúa olvidando casi siempre en la actualidad; por lo general, las moniciones de antes de las lecturas siguen el mismo —y ahora inadecuado— patrón que tenían en los primeros tiempos del Movimiento litúrgico, cuando la monición iba seguida de una lectura en latín.

1. Las moniciones para las lecturas antes y después de la reforma litúrgica

Al presentar de una manera general las moniciones litúrgicas aludimos ya a la distinta naturaleza que deben tener unas moniciones proyectadas para la celebración en latín y las preparadas ahora para la celebración en lengua del pueblo (3). Las primeras, decíamos, tenían como finalidad ofrecer un resumen de lo que luego el ministro —celebrante o lector— diría en aquel latín que el pueblo no comprendía; las actuales, en cambio, deben perseguir el logro de una mayor vivencia personal de las lecturas que hoy, por lo menos en su tenor material, el pueblo ya comprende por su sola proclamación.

Si distinguir entre lo que eran las moniciones para una liturgia en latín y lo que deben ser éstas para una celebración en lengua popular es ya importante con referencia a las moniciones para las plegarias, esta distinción resulta más fundamental aún cuando se trata de moniciones para antes de las lecturas. Las lecturas, en efecto, por su propia naturaleza, hablan a la mente, exponen determinados conceptos, “revelan” un contenido; en cierta manera las lecturas están llamadas a “adoctrinar” (cosa que, de por sí, no hacen las plegarias); por ello resulta de suma importancia evitar en el binomio “monición-lectura” toda repetición de conceptos: no cabe, pues, hacer en la monición de antes de la lectura una descripción previa del contenido de aquello mismo que luego se proclamará

(3) *Oración de las Horas*, septiembre 1985, pp. 247-249.

en el texto bíblico; ello significaría, en el fondo, hacer una explicación de la explicación, exponer unos mismos conceptos primero con palabras humanas, luego con la misma Palabra de Dios.

Cuando la Palabra se proclamaba en latín podía resultar interesante una presentación-resumen del mensaje de la perícopa en lengua del pueblo para que los que “seguían” el texto bíblico en sus misales (que eran los menos) lo oyeran proclamado también públicamente y los que sólo “asistían” u “oían” misa sin llegar a integrarse en la celebración (estos constituían la mayoría) captaran por lo menos algo del contenido de las lecturas. Pero ahora que el pueblo entiende el tenor de las lecturas, este resumen previo es inútil e incluso puede representar una fastidiosa repetición que, en lugar de “servir” a una mayor vivencia de la Palabra, en el fondo desvirtúa el interés por su proclamación pues al proclamar la lectura la asamblea conoce ya previamente el contenido de lo que la perícopa va a anunciar.

Si, pues, la asamblea, por una parte, entiende ya el texto bíblico y, por otra, las aplicaciones del mismo a la propia vida reencuentran su lugar propio tradicional en la homilía, la monición no debe ser ni explicativa de la lectura que va a seguir (este contenido lo presentará la misma lectura) ni aplicación moralizante del texto a la propia vida (este aspecto en todo caso es propio de la homilía). Las eventuales moniciones deben, por tanto, seguir otros derroteros, que ayuden simplemente a vivir, a contemplar y a gozar con mayor intensidad —no a exponer— lo que anunciará el texto inspirado.

2. Ejemplos de moniciones redactadas antes de la reforma litúrgica

Empecemos por una constatación que puede iluminar nuestro problema: la mayoría de los actuales responsables de la celebración —entre ellos los que redactan las moniciones— han sido iniciados en la pastoral litúrgica casi siempre por aquellos maestros del Movimiento litúrgico cuyos principales esfuerzos se centraron en el logro de la vivencia litúrgica en unas celebraciones realizadas aún en latín. Los actuales responsables, quizá sin darse ni cuenta, siguen sin más las huellas de los que fueron los primeros maestros del resurgir litúrgico, pero sin advertir que la situación hoy ha cambiado en no pocos aspectos. Debido a ello muchos de estos responsables continúan con prácticas que fueron sólo medios de emergencia para mejorar las deficiencias de una liturgia aún no reformada pero que actualmente no tienen ya razón de ser (4).

(4) Es el caso, por ejemplo, del canto final de la misa. Este fue introducido para paliar la anomalía que representaba que, una vez el ministro había despedido al pueblo con el “Ite, missa est” (Podéis ir en paz), se veía obligado a añadir aún

En el caso concreto de las moniciones para antes de las lecturas los fautores del Movimiento litúrgico se esforzaron por redactar unas moniciones-resumen que dieran a la asamblea, por lo menos, una aproximación del contenido de los textos bíblicos que el pueblo no podía comprender. Sin duda alguna este tipo de moniciones era lo mejor que podía realizarse en aquel entonces, pero, a todas luces, hoy esta clase de textos han dejado de ser oportunos.

Proponer algún ejemplo de moniciones redactadas en aquellos años y compararlas con las que aún a veces se usan hoy puede ser útil y posiblemente constituya la mejor pedagogía y la más clara manera de denunciar la poca funcionalidad de algunas de las actuales moniciones. Para que esta comparación descriptiva resulte más clara y ayude más fácilmente a mejorar los usos actuales vamos a presentar dos ejemplos: algunas de las moniciones correspondientes a las lecturas apostólicas del Jueves santo y del domingo tercero de Adviento (antiguo misal y actual ciclo C), lecturas, unas y otras, usadas tanto en la liturgia de san Pío V como en el actual leccionario:

Moniciones a 1 Co 1,23-26 (Jueves Santo), redactadas antes de la reforma (entre los años 1957 y 1967)

San Pablo corrige a los cristianos de su tiempo y declara el verdadero sentido de la comunión. (Cf. *Moniciones y plegarias para la santa misa*, Barcelona, CPL, 1964, p. 69)

San Pablo nos recuerda como Cristo instituyó la Eucaristía. Subraya la obligación de acudir a la mesa del Señor con una conciencia pura y en un contexto de caridad fraterna (cf. *Invitatoires pour commenter la messe*, CPL París, 1957, p. 99).

Los corintios no tenían suficiente respeto por la Eucaristía, les faltaba caridad fraterna. San Pablo los llama al orden. (Cf. *Guía para el comentador de la misa*, Obra Nacional de la Buena Prensa, p. 103, México, 1967).

Moniciones a Flp 4,4-7 (Domingo III de Adviento), redactadas antes de la reforma (entre los años 1957 y 1967).

El Señor está cerca. Viene a darnos la salvación. La alegría, la confianza y

diversos formularios (último evangelio, tres Ave María, etc.). Como la legislación de aquel entonces permitía suprimir dichos apéndices si seguía otra acción comunitaria (entre ellas un canto popular), se extendió la costumbre de añadir, en esta finalidad, un canto final. Ahora bien, en la actualidad el "Podéis ir en paz" ha recuperado su lugar de fórmula final de disolución de la asamblea, pero muchos continúan con la costumbre, ahora sin motivo e incluso inapropiada (si el ministro ha disuelto la asamblea, ¿por qué ésta continúa cantando comunitariamente?), sólo por la inercia de la costumbre y ello a pesar de que este canto final ha sido proscrito por la S. C. del Culto.

la paz desbordan nuestros corazones. (Cf. *Moniciones y plegarias para la santa misa*, Barcelona, CPL, 1964, p. 24).

La cercanía del Señor debe inundarnos de alegría y de paz Cf. *Invitatoires pour commenter la messe*, CPL París, 1957, p. 40).

En esta carta, san Pablo nos exhorta a que por medio de nuestra alegría y nuestro espíritu de paz demos testimonio de la presencia de Cristo entre nosotros. (Cf. *Guía para el comentador de la misa*, Obra Nacional de la Buena prensa, México, 1967, p. 13).

La simple lectura de estas moniciones evidencia que no aportan absolutamente nada que no diga ya la perícopa bíblica. Se comprende la proclamación de estas frases cuando la lectura bíblica era en latín y no estaba permitido proclamarla en lengua del pueblo. Con estas pequeñas introducciones la asamblea llegaba a percatarse —aunque imperfectamente— del contenido central del mensaje bíblico. Y por ello este tipo de moniciones “de emergencia” se fue introduciendo en la mayor parte de celebraciones con participación del pueblo.

3. Ejemplos de moniciones redactadas después de la reforma litúrgica

Hemos visto como las anteriores moniciones, de hecho, eran simple avance de lo mismo que anuncia el texto bíblico: una monición de este tipo, correcta cuando la lectura se proclamaba en latín, hoy, en cambio, no tiene ya ningún sentido; sólo alarga inútilmente la celebración y hace incluso que la lectura bíblica resulte menos interesante, pues ya se conoce previamente su contenido. Si, a pesar de ello, este tipo de moniciones perdura aún en muchos lugares, es seguramente por pura inercia, porque hacer una monición antes de cada lectura se ha convertido en una mera “rúbrica” o “ceremonia” que algunos quizá sólo siguen realizando “porque toca hacer una monición antes de la lectura”. Puede ser aleccionador al respecto ver como algunos textos publicados después del paso a la lengua vernácula para esta misma celebración del Jueves Santo, continúan en la misma línea y con los mismos contenidos que cuando las lecturas eran en latín:

Moniciones a 1 Co 11,23-26 (Jueves Santo), redactadas después de la reforma litúrgica (entre los años 1969 y 1982), pero con estilo antiguo

La comunidad de Corinto está dividida y esta situación se refleja en la falta de fraternidad al celebrar la Eucaristía. Al reunirse hay cismas y nadie atiende a su hermano sino que cada uno se preocupa de lo suyo; unos pasan hambre, mientras otros están llenos de todo. San Pablo afirma que reunirse a celebrar la cena del Señor con estas actitudes no es hacer lo que quiso el Señor. (Cf. BURGALETA: *Moniciones de la nueva misa, Ciclo B*, p. 112, PPC, Madrid 1969).

El apóstol Pablo nos cuenta la institución de la Eucaristía que Cristo realizó en su última cena cuando se entregó voluntariamente a la pasión. La Palabra de Dios proclama y enseña lo que luego celebraremos unidos por el amor y recuerdo vivo de Cristo. (*Misa Dominical*, CPL Barcelona 1982).

Estas moniciones, en realidad, difieren tan poco de las anteriores que resultaría realmente difícil descubrir que las unas fueron escritas para introducir lectura bíblica en latín y las otras para hacerlo en la celebración en lengua vernácula. Ello nos fuerza a reconocer que, por lo general, en el ámbito de las moniciones a las lecturas bíblicas la reforma litúrgica no ha penetrado; la mayoría de moniciones continúan siendo del mismo estilo —pero ahora sin verdadera funcionalidad— que las usadas cuando la celebración se hacía en latín. Esta situación anormal pide, exige, un remedio.

Hoy, para invitar al pueblo a una escucha atenta y contemplativa de las lecturas bíblicas, resultará, sin duda alguna, más eficaz dar su verdadero realce a la misma proclamación de la Palabra que multiplicar unas moniciones que no hacen sino repetir el mismo contenido de las lecturas. Una cuidada lectura de la perícopa, su proclamación desde un ambón digno y exclusivamente destinado a la Palabra de Dios, incluso una buena presentación material del Leccionario (grande, debidamente encuadernado, llevado con dignidad, etc.) serán, sin duda alguna, medios mejores que muchas de las moniciones usuales que tienen a explicar lo que la asamblea ya va a entender por la sola lectura.

Si en algún caso se prefiere ambientar la proclamación con alguna monición pensamos que para éstas deberían observarse tres condiciones: a) que se trate de fórmulas bien preparadas y que huyan del género explicación del contenido o exhortación moralizante a seguir las enseñanzas del texto; b) que la monición no se haga siempre y para todas y cada una de las lecturas, como si se tratara de una parte integrante de la celebración, sino sólo en algunas ocasiones (v. gr. cuando el contexto —no el texto— de una perícopa más difícil es desconocido o cuando conviene clarificar alguna palabra o expresión menos clara del texto que se proclamará); c) que la monición tienda a crear un cierto “suspense” frente a la lectura, incitando con ello el interés por escuchar el texto. Una monición pensada en esta línea para el antes citado texto de 1 Co 11,24-26 (Jueves santo) podría redactarse, por ejemplo, de esta manera:

Moniciones a 1 Co 11,24-26, redactadas con estilo adaptado a la liturgia en lengua vernácula

En esta noche, en que estamos celebrando el “nacimiento” de la Eucaristía, el lector va a proclamar el más antiguo texto cristiano que existe sobre la institución de este misterio. Mucho antes de que se redactaran nuestros actuales Evangelios, uno de los apóstoles de Jesús escribió ya la página que ahora vamos a escuchar.

Un ejemplo de monición para la lectura de Flp 4,4-7 (III Domingo de Adviento) podría concebirse en estos términos:

Monición a Flp 4,4-7, redactada con estilo adaptado a la liturgia en lengua vernácula:

En este Domingo en que, ante la proximidad del nacimiento del Señor todo respira alegría, vamos a escuchar una página escrita por uno de los apóstoles de Jesús que, en la cárcel y cargado de cadenas, anciano, sin fuerzas y abandonado por muchos de sus antiguos discípulos, vive, a pesar de todo, la Buena nueva de Jesús, cree en la alegría del evangelio. Que el Señor nos ayude a escuchar esta página y nos haga descubrir que la fuente de donde mana la alegría cristiana no queda cegada por las dificultades y dolores sino que se fundamenta en la convicción de que la fuerza del Resucitado supera toda dificultad.

Hagamos una pequeña observación a estas dos moniciones: en ambas para referirnos al autor de la perícopa intencionadamente hemos escrito: “uno de los apóstoles de Jesús” y no “san Pablo”; conviene, en efecto, dar *todo* el realce a la lectura misma; procurar que todo lo que proclama el lector resulte realmente “nuevo” para la asamblea; para ello si el lector al subir al ambón debe empezar diciendo: “Lectura de la carta del apóstol *san Pablo* a los Corintios (o a los Filipenses), no conviene que la monición ya haya adelantado lo que luego dirá el escrito (que el autor es san Pablo); la monición no debe adelantar ni repetir sino sólo servir.

Hasta aquí hemos hablado, sobre todo, de lo que deben evitar las moniciones a las lecturas bíblicas; en artículos próximos trataremos positivamente de lo que podrían y deberían aportar, en algunas ocasiones por lo menos, unas moniciones adaptadas a las lecturas bíblicas proclamadas hoy en lengua vernácula, tanto con referencia a la lectura continuada como por lo que respecta a algunas otras perícopas —éstas pensamos que son pocas— a las que una previa ambientación puede dar un mayor realce. Nos sentiríamos satisfechos si de las reflexiones que hoy hemos ofrecido queda la convicción de que lo que nunca es oportuno —lo que siempre debe evitarse— es la repetición en el binomio “monición-lectura”.

Quisiéramos terminar con una observación: resulta, pensamos, sintomático que los promotores del Movimiento litúrgico, los que introdujeron el género monición en las lecturas, no produjeran moniciones para el Evangelio —por ello seguramente hoy tampoco son muy comunes—; en ello fueron también maestros clarividentes que veían la funcionalidad propia de las moniciones: como el Evangelio era entonces la única lectura que se repetía en lengua del pueblo antes de la homilía —o que, por lo menos, se daba a conocer su contenido al pueblo a través de la predicción— por ello, para este texto, nunca compusieron moniciones. Ojalá hoy tengamos, por lo menos, su misma clarividencia y no repitamos en las moniciones nada de lo que ya llega al pueblo por un conducto evidentemente mejor: la misma proclamación de la Palabra.